

Novedades

30/10/2023

Internacional

Gaza: claves de un conflicto

26/09/2023

Política

Derechos Humanos: una obligación de Estados y Empresas (Parte 2)

21/09/2023

Política

Derechos Humanos: una obligación de Estados y Empresas (Parte 1)

07/09/2023

Internacional

BRICS y los desafíos para Chile

10/08/2023

Sustentabilidad

Implementación de los instrumentos de gestión consagrados en la Ley N°21.455: Ley de Marco de Cambio Climático (Parte 2)

08/08/2023

Sustentabilidad

Implementación de los instrumentos de gestión consagrados en la Ley N°21.455: Ley de Marco de Cambio Climático (Parte 1)

Acerca de

Este informe ha sido revisado por el Consejo Editorial de Asuntos Públicos. El contenido no representa necesariamente la opinión del Centro de Estudios del Desarrollo, CED.

©2023 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe N°1457

Internacional

30/10/2023

Gaza: claves de un conflicto

Rodrigo Muñoz Baeza¹

"La región está a punto de hundirse en el abismo"

(Rey Abdalá de Jordania, octubre de 2023)

El día 7 de octubre, Hamás impactó al mundo con un ataque terrorista sorpresa al sur de Israel, donde masacró a más de mil ciudadanos israelíes y tomó más de 100 rehenes. La espiral bélica que desató ese hecho se circunscribe en un conflicto de larga data entre el Estado israelí y los palestinos que habitan la Franja de Gaza, el cual ha tenido cortadas las negociaciones de paz en la última década.

No hay duda de que Hamás cometió graves crímenes de guerra en sus brutales ataques y deberá rendir cuentas. Ello no significa que no deba analizarse el contexto en el que brota, que sin duda influyó en su planificación.

Como gran actor de ese proceso tenemos a Benjamín Netanyahu, sempiterno primer ministro israelí, el cual acuñó una doctrina de administración y minimización del conflicto mediante la entrega de "mano dura" en seguridad a su población -desechando cualquier tratativa por paz como ingenua-, que se ha visto fuertemente dañada con estos hechos.

En ese sentido, el ataque de Hamás trastocó un conjunto de supuestos que han definido el status quo entre Israel y Gaza, y le demostró a Netanyahu que esas políticas, a largo plazo, son insostenibles en un marco de conflicto. Los hechos hablan por sí mismos.

En 2005, Israel se retiró unilateralmente de la Franja, pero no puso fin a su ocupación de facto. Retuvo el control sobre las fronteras y el espacio aéreo de Gaza, y continuó ejerciendo un control estricto -en cooperación con Egipto- desde el perímetro de seguridad sobre el movimiento palestino de población, bienes, energía y dinero.

Hamás asumió el poder en 2006 tras su victoria en las elecciones legislativas -momento desde el cual se acabó la democracia en Palestina-, y consolidó su control en 2007 tras un intento fallido de sustituir al grupo por líderes de Al Fatah.

¹ Abogado de la Universidad de Chile y analista internacional.

De ese modo, desde 2007 Israel y Hamás han mantenido un acuerdo tácito incómodo: los primeros mantienen un asfixiante bloqueo sobre Gaza, que restringe severamente la economía del territorio e impone grandes costos humanos, al mismo tiempo que fortalece a Hamás al desviar toda la actividad económica a los mercados negros que controla.

Durante los estallidos episódicos del conflicto en 2008, 2014 y 2021, Israel bombardeó masivamente los densamente poblados centros urbanos de Gaza, destruyendo infraestructuras y matando a miles de civiles, al tiempo que degradaba las capacidades militares de Hamás y establecía el precio a pagar por las provocaciones. Todo esto contribuyó poco a aflojar el control de Hamás sobre el poder, mientras Israel aceleraba sus medidas para expandir asentamientos y control sobre Cisjordania.

Ahora, Hamás tenía otras ideas en marcha. Aunque muchos han atribuido su cambio de estrategia a la influencia iraní, Hamás tenía sus propias razones para cambiar su comportamiento y atacar a Israel. Su táctica en 2018, de desafiar el bloqueo mediante una movilización masiva no violenta, conocida como la "Gran Marcha del Retorno", terminó con un derramamiento de sangre masivo cuando los soldados israelíes abrieron fuego contra los manifestantes.

En 2021, por el contrario, los líderes de Hamás creyeron que habían obtenido importantes avances políticos ante la población palestina, al disparar misiles contra Israel durante los intensos enfrentamientos en Jerusalén por la confiscación de viviendas palestinas y por las provocaciones en la mezquita de Al Aqsa, uno de los lugares más sagrados del Islam.

Por ello, podemos ver que no es coincidencia que el proceso de radicalización de las posiciones políticas y religiosas se haya dado en forma paralela en Israel y Gaza. Los moderados han ido desapareciendo luego de los acuerdos de Oslo. Como lo acuñó Gilles Kepel, luego del corto siglo XX de tendencias profundamente laicas, hay una revancha de Dios, donde proliferan en la región fundamentalismos de toda laya, con numerosos grupos integristas que vienen desarrollándose desde los años 70' en el seno de las tres grandes religiones monoteístas.

I. El riesgo de un conflicto regional abierto

Las hostilidades, de momento, están sustancialmente concentradas en el eje Gaza/Israel, sin embargo, el riesgo de escalada y ampliación del conflicto sigue encendido. La brutal respuesta israelí al ataque terrorista de Hamás, con medidas como el corte del suministro de agua, alimentos, medicamentos y electricidad -incompatibles con los principios del derecho internacional humanitario-, pero especialmente el confuso bombardeo a un hospital de Gaza que causó cientos de muertos, ha generado muestras de indignación que están creando un substrato sociopolítico inflamable en la zona.

Esto puede expresarse en distintas formas. No sólo puede prender la mecha de la protesta violenta en Cisjordania, con la posible inestabilidad que afectaría a la Autoridad Palestina, sino que puede calentar los ánimos de otros protagonistas regionales, especialmente si hay una invasión prolongada en Gaza.

Podría desencadenar otro éxodo forzado palestino, con una nueva ola de refugiados arrojados a Jordania o Líbano, ya peligrosamente sobrecargados, o contenidos por la fuerza por Egipto en enclaves en la península del Sinaí.

Por sobre todo, el ataque de Hamás ha evidenciado una brecha en el mundo musulmán que puede tener resultados dispares. Por un lado, en los Estados árabes más moderados y cercanos a Estados Unidos, donde existen ejemplos como Arabia Saudita y Marruecos de búsqueda de normalización de relaciones diplomáticas con Israel, más que riesgos militares, puede que la ira ciudadana los lleve a realizar cálculos para cambiar la dirección de sus políticas exteriores.

Su renuencia, en este clima, a acercarse a Israel no es simplemente una cuestión de supervivencia. Los gobiernos árabes persiguen sus intereses en múltiples campos de juego, a nivel regional y global, así como a nivel interno. Tienen líderes que están buscando ampliar su influencia y reclamar el liderazgo. Por ello hemos visto en los últimos años que algunos de ellos han estado disponibles a desafiar cuestiones críticas para Occidente, como la invasión rusa a Ucrania, mantener precios altos del petróleo o construir relaciones sólidas con China.

Por otro, en los países más antagónicos, está el peligro de la apertura de un conflicto abierto con Hezbollah, organización musulmana chií libanesa que cuenta con un brazo político y otro paramilitar mucho mayor al de Hamás, y que dispone del apoyo estratégico de una media luna que va desde Siria e Irak y llega hasta Teherán. Esto significaría la primera guerra en dos frentes en medio siglo para Israel, pero también graves repercusiones para Líbano, afectado por la explosión del puerto de hace unos años y la subsecuente crisis económica.

Irán, a su vez, ha impulsado una confrontación cada vez más intensa con Occidente, pero, por sobre todo, es el gran adversario de Israel. Tras los acuerdos de paz con Egipto en 1979 y con Jordania en 1994, es, quizá, el último referente que queda en la región.

Sin embargo, a pesar de que políticos estadounidenses e israelíes han estado abogando por un ataque en su contra, sería una escalada desastrosa para el mundo, no sólo por las represalias iraníes contra Israel, sino también en ataques contra el transporte marítimo de petróleo en el Golfo y una posible escalada en Irak, Yemen y otros frentes -algo que el mismo Trump tuvo a la vista cuando no tomó acciones por el ataque a las refinerías de Abqaiq en Arabia Saudita en 2019-.

II. La exposición de una fractura geopolítica

Una mirada hacia los patrones de reacción a la invasión de Ucrania por parte de las fuerzas rusas y al ataque de Hamás contra Israel revela interesantes coincidencias. Si bien los dos conflictos no están conectados, tienen dinámicas y reacciones similares, evidenciando las mismas fracturas que desgarran el mundo contemporáneo.

En primer lugar, en términos geopolíticos, mientras en uno se buscó dinamitar el proceso de acercamiento de Ucrania a Occidente; en el otro se intentó detener la normalización de relaciones entre Israel y los países árabes.

En segundo lugar, se han ido configurando bloques de países favorables a un bando, a otro, o no alineados, así como sobreponiendo los posicionamientos.

En ese sentido, es importante señalar que el núcleo de los países más empáticos con Israel después del ataque es el mismo que apoya activamente a Ucrania con sanciones a Rusia, esto es, el grupo de democracias occidentales (EE.UU., Unión Europea) o del Asia Pacífico (Japón, Corea de Sur, Australia).

La brutalidad de la respuesta de Israel está en algunos casos desdibujando ese respaldo, pero la reacción inicial confirma esa fragmentación del mundo con esas democracias por un lado y, por el otro, la sintonía de regímenes como China, Rusia e Irán, y la nebulosa de países del llamado Sur Global, que mantiene una posición escéptica y distante.

Xi Jinping se ha situado en una posición alternativa, en el bloque de aquellos que no toman claramente partido y exhortan a las partes a desescalar el conflicto -algo muy propio de su tradición diplomática-. Pero la actual crisis representa una prueba especial para Pekín, ya que pone a prueba la consistencia de sus ambiciones y su grado de influencia en la región.

A su vez, destaca como extravagante la posición de Putin, quien durante gran parte de su mandato cultivó sus relaciones con Israel, a pesar de tener vínculos con Irán, y que ha tenido declaraciones tibias en las actuales circunstancias.

La gran diferencia entre el caso de Ucrania y el de Israel es el posicionamiento de la India: neutral en lo primero, alineado con Occidente en lo segundo, siendo el único país que es parte de BRICS que se pronuncia de esa manera. También sorprende la distancia que está tomando Turquía, que está vinculada con Occidente como miembro de la OTAN, pero ni sanciona a Rusia ni respalda a Israel como los demás.

III. Patrones de inestabilidad global

El estallido provocado por Hamás se produce poco después de la fulminante operación militar con la que Azerbaiyán ha logrado imponer su control sobre Nagorno Karabaj, apoyado por Turquía. En los últimos años hemos visto la guerra en Ucrania. El Sahel sufre un gravísimo periodo de turbulencias, falta de prosperidad y madurez democrática. Hasta no hace mucho tuvimos episodios violentos en Siria y Libia.

Aunque cada crisis tiene sus raíces, puede detectarse un patrón de inestabilidad vinculado con un cambio de relaciones de fuerzas en las grandes y medianas potencias del mundo, que parece incentivar las escaladas cada vez más violentas, a la par de mostrar las limitadísimas capacidades de respuesta e influencia de las organizaciones internacionales en estos asuntos.

Una Rusia que se creía suficientemente fuerte ha lanzado su desafío a Occidente en Ucrania, pero también alborota en África y está presente en Siria. Su debilidad ha abierto la puerta a la acción azerí. Estados Unidos se reorienta y acomoda frente al ascenso de China, que acumula décadas de alto crecimiento y reclama nuevos equilibrios. Irán busca cobijo en este eje de confrontación con Occidente, mientras el sur global, con Lula a la cabeza, se moviliza en nuevas formas contra el dominio occidental.

Como tal, la gran duda que existe es que, si se llega a producir la invasión a Gaza, ¿Israel se convertirá en una fuerza de ocupación? ¿Por cuánto tiempo? ¿Entregará el poder a la Autoridad Palestina que gobierna en Cisjordania o un organismo internacional? ¿Qué harán los otros poderes regionales una vez que se produzca el vacío de poder en Gaza?, ¿Se profundizarán las grietas de la fractura geopolítica?

El gobierno israelí sabe que ya enfrenta una reacción popular, luego de las fallas de inteligencia que permitieron que ocurriera el ataque -que se suman a un año complejo por las protestas debido a la reforma judicial-. Si después de haber prometido una operación decisiva como respuesta, da un paso atrás porque no sabe cómo cumplirla, eso generará aún más enojo interno. Pero la reacción podría ser aún mayor si se pierden más vidas y se desperdicia más credibilidad en una operación que no logra sus objetivos bélicos.

Basta recordar lo lejos que estamos de la situación desde hace un par de décadas, cuando hablábamos de un acuerdo de “tierra por paz”, de la solución de dos Estados, de la desmilitarización, del reconocimiento mutuo, de las presiones a Israel para que no construyera asentamientos en Cisjordania. Todo este progreso, por limitado que haya sido, hace mucho tiempo que se ha desvanecido en el aire.